



CUENTO PREMIADO

"Ya es hora"

● Este relato de Luis Alberto Muñoz obtuvo el primer lugar en el concurso del Año de los Derechos Humanos

La luz del día se filtraba en hilillos delgados por entre las tablas de la habitación. Ya está claro. Toda la noche ladraron los perros; empieza uno, sigue el otro, luego el otro. Todo se calma, se hace el silencio, pero basta que uno ladre nuevamente para que la cadena se haga infinita. Desde la calle llega el ruido de una carretela que hace vibrar toda la casa. Hoy es martes, hay feria, poco a poco el bullicio se siente más claro y fuerte.

Ya está claro, tengo que levantarme. Si parece que no hubiese dormido nada. Una mirada en el espejo —estoy bien, me afeito mañana. Un mustio cepillo de dientes se queda esperando. No hay tiempo, ya es tarde. Miro el reloj. Las dispares aspas del molino del tiempo giran vertiginosas, como siempre, ni siquiera me saludan cuando yo las miro, sólo se preocupan de girar y girar.

Una tetera, una taza de agua, un fósforo encendido: todos los días igual, exactamente igual.

La peineta ¿dónde estará la peineta? Miré bajo el lavatorio, deslicé la mirada por todos los rincones sin resultado positivo. Sólo que sentí rabia de ver tanta pobreza. Sí, ésta es mi casa. Aquí vive mi familia, aquí crecen mis hijos. Una mirada al pequeño patio, un mar de objetos diseminados por todas partes. La peineta no estaba entre ellos.

No hay caso, tendré que despertar a la vieja.

—Viejita, ¿sabes dónde está la peineta?

—No. Pregúntale a los niños.

La quedé mirando un rato. Con su pelo negro, de perfil sobre la almohada, ¡Elisa! Arrugas se marcan en su rostro joven. Elisa, te la juegas junto conmigo día a día, a cada minuto; sólo conoces el sacrificio, el trabajo duro, el sufrimiento; pero no escatimas esfuerzo por cambiar la situación, por salir adelante. ¿Qué no daría yo por tener mejor, por darte una vida digna a ti, a los niños, como seres humanos de verdad. Como ustedes se lo merecen.

Es difícil remar contra la corriente, pero seguiremos remando. Un día de tanto remar cambiaremos el sentido de las aguas. Algún día, Elisa. Algún día...

Tú lo sabes, desde nuestras conversaciones de enamorados. Siempre pensé que mis hijos llevarían una vida diferente a la mía, a la de mi abuelo, a la de mi padre. Pobre par de palomillas, si parecen ángeles dormidos. Para qué los voy a despertar por una peineta, ¿o es que voy a ir a una fiesta, en un gran salón adornado con flores, donde anuncian mi nombre al entrar? Un elegante caballero muy bien peinado, con zapatos en que nacen ojillos curiosos y abren las fauces como para tragar las ilusiones de los hombres.

Deslicé mi mano callosa por la cabeza de mi compañera, despacio, como para no despertarla.

Adiós, Elisa, hasta la noche. Sobre la mesa te dejé algo de plata, por lo menos para algo de pan. No tengo más, haz lo que puedas.

Salgo de la habitación caminando en puntillas, mientras mi mano abierta se sumerge una y otra vez entre mis cabellos indomables, como tratando de peinarlos.

Ya es tarde. La enorme puerta de barrotes verdes se cerrará por una eternidad. Miles de siglos en unas cuantas horas, allí estaré preso, incomunicado, escuchando sólo el ruido ensordecedor de las máquinas que rugen incansables: ¡trabaja, trabaja, más rápido, más rápido!

La tetera lanzó un grueso chorro de vapor: había hervido, pero su agua se congeló nuevamente sin que se llenase la taza que



Muñoz Yamayo: "Afortunadamente el jurado me entendió"

estaba desde la noche anterior sobre la mesa, limpia, con una cucharita diminuta posada sobre el platillo. Como todos los días, como siempre.

Una marraqueta en el bolsillo, para masticar cuando nadie me estuviera mirando, tres pesos en la mano, en la mente un pensamiento: es tarde, voy atrasado.

La misma calle, los mismos árboles de siempre. La helada caída la noche anterior pintó de blanco el verde pasto. Estamos en agosto.

Las mismas grises casitas de madera, afirmándose unas a otras como amigos borrachos y tristes. El viento juega con ellas empujándolas de un lado a otro y ellas riendo parecen gritarle a coro: somos frágiles, pero estamos de pie, firmemente unidas. ¡Anda, viento, prueba otra vez, fuerza!

Una carrera. Una mano en el bolsillo de la chaqueta, evitando que el trozo de pan vuele por los aires. En vano, la mano no se detiene.

Muchas miradas se encontraron. Un denominador común en sus pupilas: rabia, impotencia. Acto seguido, en un movimiento sincronizado por la preocupación miraron sus relojes.

Ojalá que la otra venga luego, y que no venga tan llena.

A lo lejos se divisa la risa burlona de otra máquina. Se acerca lentamente, todos se preparan. Hay que subirse como sea. Como sea.

—Viene gente colgando, no va a parar tampoco.

—En la curva tiene que disminuir la velocidad. Ahí me subo.

—Ey, córrase un poquito, un poquito.

Una mano trata desesperadamente de asirse de cualquier cosa. Una pierna resbala una y otra vez tratando de apoyarse en algo. No hay un hueco en la pisadera.

Tres de dos se aferran al borde de goma de la puerta. La punta del zapato consigue unos centímetros en el piso de lata. Una pierna en el aire sin esperanzas de encontrar apoyo, una mano en el bolsillo afirmando el pan.

Ya es hora". [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ya es hora". [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile